

ASIA Y ÁFRICA ACTUALES

LA REPÚBLICA POPULAR CHINA Y SU INCIDENCIA EN EL MUNDO*

EUGENIO ANGUIANO ROCH

*Embajador de México en la
República Popular China*

LA PREGUNTA DE POR QUÉ China incide en el mundo actual puede responderse desde vertientes diversas. Aquí se tratarán tres de ellas. Primero, China tiene influencia en el panorama internacional por su magnitud, por su peso específico. Es el país más poblado del mundo con casi un cuarto de la población mundial, un país de 1 080 millones de habitantes más un territorio de 9 600 000 km² que conjugan una unidad política, una entidad, un estado que sólo por esas dos características podría tener influencia en el resto del mundo. Pero hay más, en China ocurrió una de las revoluciones sociales más profundas de este siglo. Este hecho, por muy controvertido que sea, también explica la influencia, la incidencia de China en el resto del mundo.

Una segunda vertiente es la consolidación de la República Popular y la emergencia de China como potencia regional e internacional. China emerge como potencia regional por accidentes históricos tales como la Segunda Guerra Mundial. Después de esta guerra, se presenta la confrontación este-oeste, la confrontación capitalismo-socialismo y se da el caso histórico de que en un país periférico, en un país subdesarrollado, en un país cuya sociedad apenas estaba saliendo del feudalismo, se produzca una revolución socialista, una revolución marxista

* Conferencia dictada en el Colegio Nacional de Economistas en la ciudad de México, el 11 de septiembre de 1984.

cuyo pensamiento y cuyos planteamientos corresponden no sólo a otro estadio del desarrollo distinto del chino de entonces, sino incluso responden a valores culturales que no tenían nada que ver con los valores culturales de la tradición china. Otros acontecimientos importantes han sido la crisis de Corea, al iniciarse la década de los cincuenta, y el problema del sudeste de Asia, que abarcaba las antiguas colonias francesas, y que entonces era conocido como Indochina. Estos son dos factores políticos que determinaron que China jugara desde muy temprano un papel importante como factor de influencia político-militar, estratégica en la zona. La participación de China en el conflicto coreano fue, a pesar de su enorme costo en vidas humanas, la primera prueba de que los chinos, habiendo apenas concluido su revolución, estaban capacitados para enfrentarse a la potencia más grande del momento que era Estados Unidos. Ciertamente fue con apoyo técnico y de armamentos de la Unión Soviética, pero el combate, el enfrentamiento, lo libraron los chinos con los coreanos en aquellos momentos. En el conflicto de la descolonización de la Indochina francesa China participó, actuando como el factor de influencia que determinó que las potencias occidentales entraran a un proceso de negociación que culminó con la Conferencia de Ginebra de 1954. En esos momentos se reconoce a China Popular como una potencia regional importante en el concierto de las naciones.

La emergencia de China como potencia internacional es todavía más complicada, y quizás se precipita por la propia estrategia que los Estados Unidos decidieron seguir a partir del año de 1946-1947 hasta muy avanzada la década de los cincuenta. Dicha estrategia consistía en contener a como diera lugar —como decían los norteamericanos— el avance del comunismo a través de China. En aquellos momentos, estratégicamente era más importante para los Estados Unidos tender un círculo, un cordón de aislamiento a la República Popular, que sus mismas preocupaciones en Europa. A pesar de que era el momento de la guerra fría, el momento de la inseguridad fronteriza de Europa, las grandes maniobras estratégicas de Estados Unidos después de la creación de la OTAN se dan en Asia.

Estados Unidos crea la SEATO, la Organización del Tratado del Sudeste de Asia, para contener a los chinos; crea una alianza con Australia y Nueva Zelanda que se llamó el AN-SUS; desarrolla la séptima flota y, sobre todo, desarrolla lo que en su momento se llamaron "los portaviones que no se podían hundir", que eran Taiwan y Japón como puntos locales de contención de China. Estos hechos, el aislamiento de la República Popular y su participación en los conflictos internacionales le dieron a China el estatus de potencia internacional.

Por último, hay una tercera vertiente por la cual China, aun siendo un país pobre y subdesarrollado, ejerce influencia mundial: la vertiente que cae en el campo de la ideología, a causa de todos los cambios y de todos los altibajos que ha habido en la proyección ideológica de China hacia el resto del mundo. Lo cierto es que lo que China ha hecho, o ha dejado de hacer, en determinados momentos históricos tiene repercusiones internacionales. Tres ejemplos bastarán para recordar esta influencia: el primero, cuando China decide lanzar, en los años cincuenta, una reforma agraria acelerada que pretendía suprimir estadios históricos y crear el colectivismo agrario en el lapso de sólo tres a cinco años. Ese fue un impacto ideológico propagandístico que colocó a China en el panorama mundial. El otro, la Revolución Cultural que impactó e influyó en aspectos de la más variada índole política en casi todo el mundo. En los sesenta, en 1968 concretamente, todo el proceso de la Revolución china, sus técnicas de proselitismo, sus técnicas de influencia, repercuten en Francia y hasta en México, nada más para citar dos casos concretos. Por último, la China de estos días, que decide modificar su esquema político, que decide entrar a una política pragmática, también plantea una controversia y ejerce una influencia ideológica en el mundo.

China es un país que, por los casos ya citados, ejerce un impacto, produce una reacción en el resto del mundo. Ahora bien, ¿cuáles son los cambios de liderazgo y de política que se han efectuado en China desde el momento en que desaparece lo más granado del liderazgo que hizo la revolución china, desde el momento en que fallecen primero Zhou Enlai y luego Mao Zedong? Los principales cambios se pueden caracterizar

en tres estadios más o menos definidos y separados entre sí. El primero lo constituye la etapa que va desde 1976 hasta 1977 y que es el momento de reajuste inmediato después de la muerte de los dos grandes líderes de la revolución china. En ese momento había el peligro que presupone toda sucesión de poder de un estado tan herméticamente establecido, tan jerárquicamente diseñado como es la República Popular. Sin embargo, en lugar de que ocurriera una gran purga política, el conflicto más o menos se define con la sucesión en una primera etapa, y con la caída política y el encarcelamiento de cuatro personajes que constituyen lo que los chinos denominan como “el ala radical de izquierda” y que ahora se conoce como “la Banda de los Cuatro”. Eran ellos, la esposa de Mao Zedong, la señora Jiang Qing; un ideólogo de Shanghai, Zhang Chunqiao; un periodista, Yao Wenyuan, y un líder obrero, Wan Hongwen, que había emergido durante la Revolución Cultural encabezando un grupo que se llamó “el grupo de los rebeldes revolucionarios”. La neutralización de estos cuatro dirigentes que encabezaban toda una corriente dentro del liderazgo chino, y cuya propuesta fundamental era la de proseguir con un proceso político que contemplaba una permanente lucha de clases aun dentro del socialismo, significó que de alguna manera y por un tiempo, coexistieron y convivieron dos tendencias políticas más o menos antagónicas: la de considerar la lucha de clases como el fundamento, como el elemento principal de la línea del Partido Comunista de China, y la otra línea que partía de la premisa de que lo importante en el proyecto nacional chino, que eran las cuatro modernizaciones del país, debía basarse en un pragmatismo que tomara los hechos concretos como base de la verdad. Ese era el eslogan que había lanzado años antes uno de los dirigentes chinos que ahora está también en la cúpula del poder, Deng Xiaoping.

Esta combinación un tanto híbrida de dos corrientes políticas se resolvió en una sola etapa, entre 1978-1979, en favor de la corriente pragmático-conservadora. La tercera sesión plenaria del Undécimo Congreso del Partido Comunista de China marca con precisión la fuerza de la corriente pragmática, en la que prevalece la concepción de que lo fundamental en el

proceso político chino interno y externo es una modernización del país. Los dirigentes de esta corriente —que son básicamente los actuales— se propusieron reformar la economía, la estructura del partido, volver a una estructura institucional que había empezado en los cincuenta y que se había suspendido en los sesenta y, finalmente, abrir China al exterior en búsqueda de dos factores clave para el proyecto nacional chino: la tecnología avanzada del mundo industrial, particularmente del mundo capitalista, y el capital extranjero. La corriente actual, que empieza a conformar su estrategia económica y política desde el año 1979, establece por lo menos cuatro o cinco premisas básicas. En lo político, se pretende crear una estabilidad interna en el partido y en el estado que impida que vuelva a producirse un periodo similar al de la Revolución Cultural de los años sesenta. El veredicto histórico de la Revolución Cultural fue revisado en el año de 1981 con un documento que publicó el Partido Comunista de China, y que se llamó *Revisión de los veredictos históricos del Partido Comunista de China*. En este documento termina por condenarse a la Revolución Cultural —a la cual se la había visto antes desde una perspectiva positiva. Así, a partir de 1981 se determina que la Revolución Cultural fue un período de diez años de desperdicio y de luchas internas suscitadas, no por una corriente de auténtica izquierda sino —tal como dicen los chinos— por una corriente oportunista, por una corriente que veía en las declaraciones del presidente Mao la única verdad posible de todas por las que se podía optar. Un ejemplo de esto fue la sucesión misma del presidente Mao. Su primer sucesor como jefe del partido fue Hua Guofeng. La única razón que se dio en su momento —1977— para tomar esta resolución fue que Mao había dicho en vida a Hua Guofeng “contigo en la administración estoy tranquilo”. Esta frase había bastado para legitimizar un proceso sucesorio que de alguna manera sirvió para evitar que se fraccionara el liderazgo chino. Para evitar que surgiera una corriente de carácter impositivo, se empezó a manejar como concepto ideológico y como concepto práctico y operativo la idea de que había que revisar los hechos concretos de la historia de China y la forma como China estaba conviviendo en el ám-

bito internacional. Partiendo de los hechos concretos, dice el liderazgo, se van comprobando la bondad y la legitimidad de ciertas decisiones políticas internas:

En lo económico, el actual liderazgo chino ha decidido modificar varias cosas. En primer lugar, está tratando de crear una economía socialista con un sistema de cuasimercado a nivel de operaciones intergubernamentales que le permita sustituir —dentro del modelo tradicional y económico chino que fundamentalmente parte del modelo soviético de los cincuenta— las políticas de precios determinadas por el gobierno central y las cuotas de producción por un sistema de precios que de alguna manera permita la asignación de los factores de la producción. Desde un punto de vista más concreto, el cambio más importante que se ha dado en China en los últimos cuatro o cinco años es la descolectivización de *facto*, y no de *jure*, del sistema agrícola. Las comunas populares, que en su momento fueron lo más trascendente de China y que impactaron a la opinión pública del resto del mundo, están ahora sujetas a un cambio fundamental. En primer lugar, la comuna china ya no es más la unidad política básica de la organización social en China, es solamente una unidad administrativa. El sistema de propiedad no se ha modificado, la propiedad sigue siendo colectiva, pero lo que se modificó fueron los tiempos de trabajo y el usufructo del trabajo mismo. El estado le sigue fijando a las comunas populares cuotas de acopio que éstas tienen que cubrir en un período determinado de un año o de una cosecha, dependiendo de qué región de China se trate. Una vez cubiertas las cuotas, el resto de la producción que obtengan las comunas pueden ponerlo a la venta en cualquier mercado rural de los que se han reabierto en esa nación. De esta manera, desde 1979 hasta la fecha, los miembros de las comunas populares, y particularmente los miembros de las brigadas y de los equipos de trabajo, encontraron una salida para los productos generados más allá de la cuota que les fijaba el estado y por los cuales obtienen ingresos mucho más altos. La segunda modificación importante fue permitir a los comuneros dedicar hasta un 15% de su tiempo de trabajo a la actividad personal que más les convenga. Así, han florecido actividades complemen-

tarias tales como granjas personales, cría de cerdos, piscicultura, cuyos productos son llevados a las ferias rurales y esto también fortalece el ingreso del campesino. Finalmente, se modificaron otros dos aspectos importantes: se elevaron los precios que fijan el pago para las cuotas de acopio oficial y, por otro lado, se bajaron las tasas impositivas que se fijan en especie a las comunas. Un último cambio fue volver a tomar como base de la comuna no a la brigada, que es una unidad intermedia entre la comuna y el equipo de trabajo, sino al equipo de trabajo. El equipo de trabajo en realidad lo constituyen los antiguos clanes familiares. De esta manera, el hecho de que haya una parte de apropiación privada del trabajo agrícola y que se esté poniendo en práctica una economía que más o menos podemos llamar de cuasimercado rural —sin modificar la propiedad, que sigue siendo colectiva— trajo como resultado inmediato que casi se triplicara el *ingreso per cápita* promedio del campesino, desde 1979 hasta 1983.

En el aspecto político internacional, uno de los cambios más grandes que se pueden observar en la política china es el del abandono del concepto teórico de la inevitabilidad de la guerra. Mao Zedong había postulado que la guerra era inevitable, que la guerra era simplemente un hecho concreto que se iba a presentar y que era un elemento que iba a precipitar, iba a ayudar, al movimiento revolucionario. O bien la guerra provocaba la revolución, o la revolución tendría que llegar como un subproducto de guerras contenidas. Los chinos este concepto lo cambiaron. De alguna manera fueron abandonando la idea de que China no quería la guerra, pero tampoco le temía, y que China estaría dispuesta eventualmente a repoblar la tierra en caso de que hubiera un conflicto nuclear. China había elaborado en los sesenta el concepto del tigre de papel, había señalado que el imperialismo norteamericano y el revisionismo soviéticos eran ambos tigres de papel y que China estaría dispuesta a sostener un conflicto incluso bélico con ambos —simultáneamente o por separado. Éste era un concepto un poco abstracto, un poco excesivo en sus consecuencias políticas y fronterizas. Esa concepción ha sido modificada y ahora se piensa que, si bien es cierto que las guerras pueden ser un factor,

una amenaza permanente, no son necesariamente inevitables y que es posible trabajar dentro de una concepción política, dentro de una negociación política, a fin de evitar un conflicto bélico. De allí se desprenden varios elementos concretos; en primer lugar, el hecho de que China haya entrado al sistema de las Naciones Unidas la hace incorporarse al proceso negociador. China, ya como República Popular, recupera su lugar, su representatividad dentro de las Naciones Unidas, lo que la hace aparecer como uno de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad, consecuentemente como una de las cinco grandes naciones del mundo que tiene el derecho de veto para las soluciones políticas que se presentan en el mundo de nuestros días. La Unión Soviética, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña y China son las cinco potencias que gozan de este privilegio. China se incorpora en todos los frentes del sistema internacional establecido y aparece, por ejemplo, en el Banco Mundial y en el Fondo Monetario Internacional como uno de los grandes aportadores de capital. China es la sexta cuota del Fondo Monetario Internacional, el séptimo accionista del Banco Mundial y al mismo tiempo tiene un ingreso *per cápita* que la hace sujeto de crédito blando. Todos estos factores concretos llevaron al estado chino a tener una actitud más conservadora que antes en el momento de enfrentar los conflictos internacionales.

Los chinos han postulado la teoría de los tres mundos; es decir, ellos ubican en un lado a las dos grandes superpotencias de Estados Unidos y la Unión Soviética, aduciendo que en el fondo ambas tienen intereses iguales, aunque sea por razones distintas. Por ello ninguna de las dos potencias puede permanecer ajena a lo que sucede en cualquier rincón del mundo, porque lo que allí pase afecta los intereses internos de ambas. En la Unión Soviética, la doctrina Brejnev establece que la soberanía de cualquier país socialista es completa, excepto cuando suceda algo en ese país que ponga en peligro a todo el sistema socialista en su conjunto. Esta doctrina sirvió para justificar la intervención de Checoslovaquia y ahora su intervención en Afganistán. Por su parte, Estados Unidos tiene también el concepto de la soberanía limitada, en tanto que algo que suceda

en Centroamérica pone en peligro los intereses del propio Estados Unidos. Ambas potencias, señalan los chinos, no tienen fronteras. Si hay un conflicto en Irak o en el sudeste de Asia, si mañana se presenta una revolución en Nicaragua o si pasado mañana hay un movimiento revolucionario o contrarrevolucionario —como quieran calificarlo— en Afganistán, a los ojos de los dirigentes soviéticos y estadounidenses esos hechos ponen en peligro la seguridad de ambos estados. Esa es la razón por la que los chinos los consideran como pertenecientes a una misma esfera.

Una segunda esfera la constituyen los países intermedios, económicamente desarrollados, con capacidad de influencia política limitada, pero dependientes de uno de los grandes bloques de alianzas militares. Mientras que unos dependen del Tratado del Atlántico del Norte, otros forman parte de la Alianza del Pacto de Varsovia. Son países que tienen, por un lado, conflictos y contradicciones con las dos grandes potencias y, por el otro, sus propios intereses y sus propios conflictos con los demás países de la periferia. Estos países de la periferia, según el concepto chino, constituirían el tercer mundo que es todo el mundo subdesarrollado de África, América Latina y Asia. Los chinos se autoclasifican como miembros de este Tercer Mundo y, consecuentemente, quieren llevar a cabo una política de equidistancia entre las dos potencias.

La política contemporánea china está influyendo, o puede influir, en los asuntos del mundo en tres aspectos esenciales. El primero de ellos se refiere a cómo China incide en estos momentos en el balance de fuerzas internacionales y, por lo tanto, en el mantenimiento de la paz mundial. Como ya se ha dicho, China forma parte de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad, por lo tanto, cualquier asunto de carácter crítico que se presente y que merezca ser atendido por ese Consejo de las Naciones Unidas le permite ejercer, para bien o para mal, y de acuerdo con su propia concepción de las cosas, el derecho de veto en los grandes conflictos de estos momentos que son la península de Corea, el sudeste de Asia —concretamente Campuchea y Vietnam—, el Medio Oriente —específicamente el conflicto Israel-Mundo Árabe— y Cen-

troamérica. En cada una de estas áreas de crisis, o áreas de conflicto, los chinos han seguido un comportamiento distinto, pero con un tronco básico común. Este tronco básico común es la declaración unilateral de China, formulada en el año de 1971, según la cual la República Popular pretende establecer relaciones de estado a estado y no relaciones ideológicas con los demás países. Así es como se pretendía tener, en primer lugar, relaciones de estado a estado, en segundo lugar relaciones de pueblo a pueblo y en un lugar más alejado relaciones de partido a partido. Esto ha llevado a los chinos a manejar sus cosas desde una perspectiva específicamente pragmática y geopolítica, puesto que tienen que defender sus propios intereses y además quieren jugar un papel regional y un papel internacional. En el caso de Corea, China sigue apoyando la salida de las tropas estadounidenses de la península, así como la posición de Pyonyang de que se convoque a una negociación política que lleve a la reunificación de Corea bajo un nombre especial y diferente; además es fundamentalmente aliada de la República de Corea del Norte de Kim Il-sun. En el caso del sudeste de Asia, China sostuvo un conflicto abierto, brutal y trágico con Vietnam. Ello ha tenido fundamentalmente dos razones. La primera es que la equidistancia que Vietnam mantuvo entre Moscú y Pekín se rompió a partir de 1975 cuando Vietnam estableció un pacto de paz, amistad y ayuda mutua con la Unión Soviética. Posteriormente ingresó al CAME y consecuentemente, de alguna o de muchas maneras, se colocó bajo la sombrilla protectora de la Unión Soviética. En segundo lugar, Vietnam, después de un largo conflicto por mantener su independencia y soberanía, ha emergido como una potencia bélica de carácter intermedio en el sudeste de Asia. Vietnam es, sin lugar a dudas, una de las potencias más importantes militarmente hablando. Vietnam ha tenido que consolidar una estrategia geopolítica que contempla tener a Laos y a Campuchea como sus dos aliados incondicionales y se vio precisado —al menos esa es la explicación que da el gobierno vietnamita— a mandar tropas a Campuchea para sostener al gobierno de Som Sen, que se rebeló contra el gobierno de Pol Pot que fue acusado de genocidio. Independientemente de los valores, de

los aspectos morales y éticos que estuvieron implicados en este genocidio de Pol Pot, lo cierto es que hasta estos momentos el grupo que derrocó a Pol Pot no se ha podido sostener por sí mismo y para poder sobrevivir tiene que contar con 180 000 soldados vietnamitas en territorio camboyano. Esto precipitó la reacción de China sobre Vietnam, y así en 1979 decidió lanzar una acción punitiva en la frontera con Vietnam, una acción militar limitada a una franja de unos 50 Kms. dentro del territorio vietnamita. Los chinos lanzaron esta acción obviamente buscando varios resultados; uno de ellos era el de descalificar internamente a toda la facción tradicionalista radical de izquierda que seguía ejerciendo los principios maoistas del ejército popular de los años cincuenta y que manejaba el concepto de que en una guerra no importan las armas sino los hombres, y que un ejército decidido puede vencer a un ejército bien armado. Por último, en su conflicto fronterizo con Vietnam, China logró empujar a esta nación hacia una mayor dependencia de la Unión Soviética. Según el criterio chino, ese hecho hará que, tarde o temprano, el actual liderazgo vietnamita sea repudiado por la propia opinión pública. Estas son las opciones declaradas o implícitas de la estrategia seguida por China y de su reacción en el sudeste de Asia. De allí que, al producirse un nuevo reajuste de las alianzas de China en esa región, deje de ser aliada de Vietnam y empiece a sostener largas negociaciones con sus antiguos adversarios del sudeste de Asia, esto es con Tailandia, Filipinas, posiblemente Indonesia, Singapur y Malasia, no para crear nuevas alianzas pero sí para propiciar un entendimiento. Por otro lado, China se ha apartado de una retórica agresiva contra la Unión Soviética y en estos momentos está tratando de establecer con ese país una relación normal de estado a estado. Para ello China ha puesto tres condiciones: que la Unión Soviética retire parte de las cincuenta divisiones que tiene en la frontera con China incluyendo las que tiene Mongolia Exterior; que se retire de Afganistán, que es un país fronterizo de China, y que deje de apoyar a Vietnam en la ocupación a Campuchea. Que los soviéticos acepten o no esas condiciones está por verse; de momento las han rechazado, pero el hecho es que, con gran pragmatismo, China está

tratando de mantener un diálogo político con la Unión Soviética a pesar de sus divergencias.

Simultáneamente, China ha comenzado a colocar en segundo término lo que en 1979 parecía una convergencia estratégica con Estados Unidos. Si bien mantiene con dicho país una relación muy amplia en lo económico y en lo tecnológico, no quiere que eso se identifique con una convergencia estratégica. Lo que en un momento dado el presidente Carter y el presidente Reagan vieron como la posibilidad de una alianza estratégica, explícita o implícita, hoy parece estar bastante lejos. De esta manera hay un reajuste de alianzas: China quiere seguir un tercer camino, quiere consolidarse como potencia, quiere mantener una equidistancia entre Moscú y Washington y quiere, al mismo tiempo, asegurar sus relaciones fronterizas. En estas relaciones fronterizas tiene dos puntos principales de fricción que son Vietnam en el sur y la Unión Soviética en el norte. Por último, China quiere establecer una gran alianza con Japón, con los países de Europa Occidental y con los Estados Unidos. Lo cual indica que no es una alianza propiamente dicha lo que busca, sino una complementariedad económica.

China necesita dos factores fundamentales para lograr su ambicioso proyecto nacional de modernización: tecnología avanzada y capital. En estos momentos los chinos están confirmando y configurando, con gran dinamismo, una poderosa economía de carácter mixto: por un lado centralizada, socialista, colectiva y, por otro, dinámica en el campo y en el sector de la energía, con participación de capital extranjero, lo cual está cambiando el panorama, la fisonomía misma del sur de China.

La participación del capital extranjero y la absorción de tecnología extranjera en China son dos aspectos que deben considerarse en su magnitud relativa. China, según cifras muy recientes, en los últimos cinco años ha recibido del capital extranjero —en forma de créditos y en forma de inversiones directas— alrededor de 13 400 millones de dólares. De estos 13 400 millones de dólares, 11 200 son créditos y 2 200 millones son inversiones extranjeras directas. China tiene un producto nacional que, en 1983, se aproximaba al nivel de los 280 000 millones de dólares, o sea que es necesario tomar en

cuenta lo relativo de las cosas. La manera como se han llevado a cabo estas negociaciones ha sido asombrosa. Si consideramos, por ejemplo, el caso de la participación de compañías petroleras en la zona marítima de China, veremos cómo el gobierno ha impuesto sus condiciones y cómo las compañías petroleras han tenido que comprar, con vistas al futuro, una posible fuente de abastecimiento de la cual sus poseedores aseguraron primero el control, así como el beneficio de las acciones petroleras.

Quisiera terminar diciendo simplemente que los chinos avizoran hacia el siglo XXI un proyecto nacional sumamente ambicioso. Quieren cuadruplicar en el año 2000 su economía respecto a los niveles que ésta tenía en 1980; quieren modernizar en lo esencial su sector industrial; quieren mantener un equilibrio entre su industria pesada y su industria ligera, y quieren iniciar el gran desarrollo agrícola. Los chinos lograron en los últimos treinta y cuatro años una tasa económica promedio anual de 7.05%. Si sostienen esa tasa de crecimiento desde ahora hasta fines de siglo, es probable que aritméticamente logren esa ambiciosa meta de cuadruplicar su economía; sin embargo, hay muchos aspectos cualitativos que son muy difícil de prever. Uno de ellos es cómo va a lograr China absorber tecnología extranjera, particularmente del mundo occidental, sin simultáneamente absorber los otros elementos de influencia cultural e ideológica que esto trae aparejado.

El Partido Comunista de China quiere mantener el modelo interno establecido hasta ahora, pero acompañado de una capacidad pragmática de negociación, sin que se pierda legitimidad y sin que se pierda coherencia dentro del partido y dentro de las relaciones de éste con el resto de las entidades nacionales. Esto es un esfuerzo que va a provocar grandes reacciones en la economía, en las finanzas, en los movimientos de capital de las zonas fronterizas y en la tecnología del resto del mundo, puesto que en estos momentos muchas de las expectativas del capital internacional y de los mercados internacionales giran en torno a que China proseguirá un desarrollo estable y creciente desde ahora hasta el año 2000. Si esta premisa cambia, el impacto y la influencia que ejerza China sobre el resto del mundo será de otra naturaleza, pero nunca pasará desapercibida.